

**Fragmentos del
sujeto estallado**

Diego Bagnera

**Fragmentos del
sujeto estallado**

Diego Bagnera

*A Hugo Mujica
A Albert Corbi*

*«De niño, cuando por primera vez
escribí mi nombre, fui consciente
de que empezaba un libro»
[Reb Stein]*

*«Señala con una marca roja
la primera página del libro,
pues la herida es invisible
en su comienzo»
[Reb Alcé]*

Edmond Jabès

*«Lo que deseas, lo tienes.
Lo que no deseas, lo tienes.
Nadie entiende por qué»*

Jean Claude Carrière y
Marie-Hélène Estienne

[Prólogo]

Cometeré, lúdicamente, una herejía lingüística, semiótica y psicoanalítica, jugando —al menos aquí, en los dominios de mis páginas— con los largamente estudiados y complejos términos signo, significante, significado y sujeto, con las debidas disculpas a De Saussure, Peirce, Jakobson, Lévi-Strauss, Lacan y a quienes llegue a ofender sin verdadera intención de hacerlo.

Arriesgo de inicio, para entendernos luego, la redefinición conscientemente simplificada de dos conceptos básicos que exceden la lingüística —en tanto que no aspiran a ser materia de estudio académico, sino servir una especulación poética, una improvisación semántica y formal— y con la que aun más pretendo (puerilmente quizá) hacer tabla rasa sobre lo precedente. Juguemos en cualquier caso a olvidar esa tradición por un momento.

Primera redefinición. *Signo*: todo cuanto existe para nuestros sentidos, ya sea rastro, síntoma, fenómeno o expresión del universo, de la naturaleza o de nosotros mismos y las demás especies sobre el espacio atmosférico sensible.

Segunda redefinición. *Significante*: todo ser vivo con instintos de supervivencia y reproducción capaz de dar así una respuesta, incluso una interpretación, a los signos que lo rodean según estos signifiquen en él de acuerdo a cómo se cumple

en su cuerpo ese cruce —continuo, cambiante y, siempre, cada vez, único— entre genoma y ambioma, poniendo a salvo o en riesgo su supervivencia. Homológamente al ‘pensante’, con capacidad de pensar, entendamos así al significante como al organismo vivo con capacidad de significar, de darle un significado a un signo. Un significado puntual, efímero, alterable continuamente por su propia naturaleza cambiante —inherente a todo organismo vivo en un ambiente vivo— y por la acción de los demás significantes que lo rodean y erosionan y con los que inevitablemente interactúa.

Enfocado ahora exclusivamente el ser humano desde esta perspectiva, siento —no lo sentencio, apenas comparto una sensación— que acaso no haya en el horizonte de las personas más que signos y significantes, rastros e intérpretes de esos rastros. Intérpretes que, sabiéndolo o no, buscan siempre, con su interpretación, un significado que les permita mantenerse en la vida o regenerarla y, aun más, fijar *lo* significado en casos de supervivencia elevándolo a la categoría de *el* significado, como si el paso del participio de la acción de significar —*lo* significado— al sustantivo —*el* significado— pudiera realmente sustantivar, solidificar lo puntualmente significado en un momento con el fin de garantizar para el futuro el acierto en la interpretación de otros determinados rastros, por únicos e irrepetibles que uno sepa que serán los venideros.

Se busca fijar así quizá *lo* significado elevado a la categoría de *el* significado como si una interpretación ‘acertada’ en

una encrucijada o relación puntual —‘acertada’ en tanto que salva nuestra vida, cumple uno de nuestros objetivos de expansión y dominio o incluso, digamos, satisface un deseo— fuera a su vez algo que ya estaba previamente sustantivado, materializado como algo sólido —por Dios, la biología, el azar o el misterio que nos engendra— a la espera de que lo descubriésemos como quien descubre una ley natural más para al menos atenuar en algo el infinito horizonte de lo imprevisto, motor de la angustia, generada tanto por la espera de lo que se desconoce que se espera y que de todos modos llegará como por la preocupación de lo que el desconocimiento de las formas de eso que nos preocupa nos impide ocuparnos realmente en evitar que eso acontezca, si se pudiera. Así nos coloniza la muerte, esa difusa, indefinida y vaga certeza que augura dolor y un salto psíquico inconcebible. Así también, vanamente, nos protegemos quizá de ella.

De este modo, *el* significado —entendido como esa interpretación acertada ya sustantivada, inmodificable e interpretable semánticamente igual por todos los significantes y que, de hallarla, nos asistiría en todas las relaciones y encrucijadas— es sólo uno más de nuestros conmovedores actos de fe al sabernos mortales y expuestos a la intemperie. Se trata, en suma, apenas de un juego verbal de sujetos atravesados por un complejo lenguaje psíquico y corporal que desborda continuamente el habla y la lengua con las que a ciegas vamos tanteando lo real. Un complejo lenguaje psíquico y corporal que no alcanzamos a dominar ni a controlar como querríamos con el impotente lazarillo de la pala-

bra ni con la continua señalización que vamos haciendo de lo real, este misterio al que un día, sin pedirlo, nos hemos visto arrojados y en el que, antes de ser sustraídos de él, intentamos vivir sabiéndonos no obstante vividos (como poco) por un corazón y un cerebro que no dependen de nuestra voluntad.

Así analizado, *el* significado es sólo un conmovedor juego verbal de sujetos tempranamente escindidos de la unidad que formaban con sus madres, una unidad en la que no existían las palabras ni la lengua ni el habla, una unidad en la que, antes de convertirnos también nosotros en significantes, sólo éramos signos del significante que nos gestaba. Una unidad particular que, tras la escisión, nos convierte en partícula de esa otra partícula con la que seguimos no obstante en relación, pero en relación crecientemente conflictiva, mediada por un continuo intento de comunicación imposible con la que buscamos restaurar tal vez lo previo, suturar la herida que nos ha arrojado a lo real, al espacio atmosférico sensible en el que, de pronto, también nosotros empezamos a significar signos, a interpretar rastro, y en el que se nos va inoculando gradualmente, gota a gota, la leche materna; micra a micra, el oxígeno; y palabra a palabra, la lengua y el habla que —como bien señala Pascal Quignard— olvidamos pronto lo mucho que tardamos —toda una década, la primera de nuestras vidas— en aprender e introducir pacientemente en nuestro cerebro, desorganizando con ese caleidoscopio fonético, gráfico, gramático, sintáctico, semántico, lingüístico y simbólico lo

que antes, quizá, estaba en nosotros claro, de otra manera. «No somos, como dice Aristóteles, individuos parlantes —sostiene Quignard—. Es falso. Cuando estamos en el vientre de nuestras madres, no hablamos. Cuando nacemos, tampoco hablamos. Tardamos mucho en imitar el lenguaje y el habla de los otros, e incluso así, ya adultos, no hablamos tampoco en la noche mientras soñamos. Somos una especie en la cual el habla y la palabra son débiles y esporádicas (...) Hay una vida antes del logos: la vida de la naturaleza, la vida animal, una vida verdaderamente intensa que reencontramos en el amor o en los sueños y que pertenecía a un mundo en el que no se hablaba y en el cual lo sensorial o el 'sentido' mismo del mundo era intenso. (...) Los sueños son así para nuestro cerebro el referente, su fondo. En cuanto las cosas faltan, se produce algo muy curioso: nos damos cuenta de que nuestro cerebro no es percepción sino deseo, falta. Vemos lo que nos falta [la presencia de lo ausente, que diría Lacan]. Si estamos en el frío, soñamos con algo que nos cobije, y el rostro del amor de nuestra vida o el de alguien a quien hemos amado surge de pronto. La naturaleza de nuestro cerebro es entonces espontáneamente alucinatoria. El funcionamiento mental de los animales y los hombres es el del sueño. Se abreva después en el sueño aquello que llamamos 'el pensamiento', que en el fondo es un sueño en el que se ha introducido el lenguaje que se aprendió con tanta dificultad para poder estar inmersos en él. Todo este lenguaje que da vueltas sin cesar en la cabeza desorganiza el sueño. Sin embargo, es al funcionamiento del sueño al que uno tiene que acudir para

saber, para estar íntimamente consigo mismo». Ese espacio interno, más de sensaciones que de conceptos, es acaso el más vinculado a la honestidad. Y nuestra honestidad muchas veces sólo tiene para decir: no sé. Una sabia y fértil ignorancia de la que no podemos disponer como conocimiento, pero que no obstante nos da el saber, en tanto que 'sabor', en tanto que sentido. Una sabia y fértil ignorancia sobre la que, muchas veces, el cultivo de la cultura —que tanto nos asiste y salva en el contrato social a través de la palabra— actúa, sin embargo, en lo personal, como auténtica cizaña, alienando nuestra vida cuando, al sentido personal, antepone *el* significado común y lo razonable.

Llegados a este punto, cabe tal vez coincidir parcialmente con Lacan —aunque en este caso llegando por otras vías— en que no existe, en efecto, el significado. Solo hay significantes (según mi redefinición propuesta): cambiantes significantes significando signos continuamente cambiantes. Significantes deseantes de significados sustantivados e inalterables que nunca hallarán. Somos un puzle al que siempre le falta una pieza que, cada vez que la buscamos, nunca es la misma.

Siguiendo así el hilo de Quignard, podemos decir tal vez que nacemos real e íntegramente tras dos partos, tras dos partidas, dos rupturas, dos escisiones. Una primera, física, al pasar de la cálida y contenida oscuridad acuática sin lenguaje del útero materno al cegadoramente luminoso, frío e ilimitado océano atmosférico en que nos es impuesta, nada más

nacer, la violencia del aprendizaje exprés de respirar. Sólo el contacto, ahora por fuera, con nuestra madre, piel con piel, puede atenuar quizá tan traumático naufragio. El segundo parto es psíquico y, según la interpretación lacaniana, se da a partir de los 18 meses de vida, cuando, en el estadio o fase del espejo, tomamos conciencia de que uno no es su madre sino ese otro que aparece en el espejo y tiene también un cuerpo —separado del de ella— al que estamos sujetos y que nos convierte a nosotros mismos en sujetos e individuos, rota ya para siempre esa célula narcisista que formábamos con quien nos engendró. Desde entonces, toda persona queda estructurada en su ser por esa doble escisión, que continuamente nos da a sentir la falta de lo que éramos antes de saber que estábamos siendo, aquella unión en la que, de tan unidos a otro organismo, aún no éramos ni queríamos ser.

La ruptura física es suturada con la atención, el cuidado y la cercanía corporal de la madre y el acto de amamantar al hijo. La ruptura psíquica —el saber que somos un cuerpo ya para siempre huérfano y condenado a morir un día— es suturada, en cambio, quizá, por el lenguaje, el habla y la palabra con los que vamos defendiéndonos de ese conflicto original que genera todos los conflictos, construyendo un yo, cuya función posiblemente sea en efecto el autoengaño, el desplazar a lo inconsciente todo lo conflictivo, que no obstante retorna continua y crípticamente a nuestro plano consciente a través del síntoma, del sueño o del lapsus y los demás actos fallidos del habla y la motricidad que componen el complejo lenguaje con el que se relaciona y

expresa con y en nosotros lo inconsciente, esa amalgama de nociones en las que no solemos pensar, pero por las que siempre actuamos, y ante la que la palabra y el pensamiento racional lógico, en general, fracasan.

Todo es, así, desde entonces, herida o hiato y, en consecuencia, intento de sutura: deseo. Es decir: el residuo de la vivencia del goce perdido —ese goce de estar disuelto en otro, sin conciencia ni pretensión de ser— que en adelante nos lanza a recuperarlo, orientados por las marcas puntuales, biográficas, de esa pérdida que no siempre podemos conocer, pero que de algún modo nuestro cuerpo sabe.

Así, como seres irrevocablemente deseantes, somos también huérfanos infinitos: no hay ya madre que, tras el naufragio de nuestro nacimiento, rota la unión con ella al convertirnos en sujetos, cubra su ausencia o suture la carencia estructural que sobreviene tras la pérdida de la unidad con lo que nos generó y contuvo, principio del fin del contento y causa del manantial sin fin del deseo, que ya nada podrá satisfacer del todo, dejando siempre en cada objeto de deseo abrazado, por satisfactorio que nos resulte, un insalvable resto de insatisfacción. Desear —sinónimo de respirar— es vivir, así, continuamente en posesión de una carencia, buscando a la vez la imagen que nos falta. «Venimos de una escena en la que no estuvimos —escribe Quignard—. El ser humano es aquel a quien le falta una imagen. Ya sea que cierre los ojos y que sueñe por la noche, que los abra y que observe atentamente las cosas reales en la claridad

que derrama el día, que su mirada se desvíe y se pierda, que dirija la vista al libro que sostiene entre sus manos, que espíe sentado en la oscuridad el desarrollo de una película, que se deje absorber en la contemplación de una pintura, el ser humano es una mirada deseante que busca otra imagen detrás de todo lo que ve».

Cabe recordar, de hecho, que en la visión no es el ojo el que *ve*, sino el cerebro, que construye imágenes con la información que nuestra vista y los demás sentidos le envían sobre las partículas que nos rodean. Esas imágenes —concebidas con información térmica, química, electromagnética y lumínica, pero también con las vivencias de nuestro pasado, hayan sido reales o imaginarias, las recordemos o no— estructuran también nuestra visión y concepción del entorno, condicionadas a su vez por el color de nuestra piel, el género sexuado y social en el que se nos ha inscrito o la situación psíquica, económica, cultural y geográfica de quienes nos han engendrado, criado y educado, por mencionar sólo unas de las cruciales variables que condicionan las acciones de nuestro cuerpo, que —desde esa patria ultrapersonal e intransferible— se adelanta o no en el espacio, movido siempre por el temor o el deseo según estos se hayan configurado en nuestra piel y en nuestros sentidos durante las primeras décadas de nuestra vida.

Así, como huérfanos infinitos deseantes, somos también —al menos en las sociedades hipertecnologizadas del confort— hijos adoptivos del discurso capitalista que, sa-

biéndolo o no, hemos a su vez adoptado, un discurso que, como dejó Lacan, sustituye al discurso del amo para convertirnos a nosotros mismos en nuestro más inmisericorde explotador, empujándonos continuamente a articular sobre nosotros mismos la promesa de goce ilimitado, en tanto que abracemos, sin ser conscientes de ello, la lógica capitalista de sustituir el objeto de deseo por el objeto de consumo, en el que se simboliza o representa la posibilidad de consumación inmediata —sin nada en medio, sin esfuerzo ni dilación— de un deseo de realización personal —felicidad (Coca Cola); independencia (Ikea); determinación (Nike)— que ese producto, raramente de primera necesidad, promete garantizarnos con su sola adquisición.

Una vez obtenidos, estos objetos de consumo —que no de deseo: el objeto de deseo genera lazo social, el objeto de consumo lo destruye— revelan (para quien quiera verlo) su naturaleza de sucedáneo de satisfacción inmediata de asuntos que en verdad no estamos abordando en nuestra vida. Así, ya en casa, con las compras sin abrir aún en el salón, las mercancías nos muestran su nada, mientras fuera, tras la ventana, anochece un día más, ahondando nuestra angustia, «lo que no engaña, lo fuera de duda», según Lacan, en tanto que da a sentir una «certeza horrible» que se trata de evitar. Su irrupción —el estrechamiento, la angostura que la angustia produce sobre nuestro horizonte— nos deja aislados, a los pies de nuestros recurrentes síntomas, que solemos no entender, arrasados subliminalmente por nuestra pulsión de muerte vivida no obstante como goce. Por

eso mismo y pese a ello, el discurso capitalista en nosotros instaurado logra devolvernos entonces al consumo, sintiendo (que no siempre sabiendo) que al comprar compramos ante todo la *sensación* de haber comprado, de obtener fugaz y narcóticamente aquello que los objetos de consumo representan en nuestra estructura psíquica, pero que nuestro cuerpo y toda la complejidad de nuestra vida no llegan a experimentar, sentir ni cumplir.

Se trata, así, de un discurso condenado a estallar, no como creyó Lacan, por insostenible, en el ámbito de lo social, sino, como se ha demostrado, en el propio sujeto, por haber estallado ya antes en él la trascendencia y, como diría Hugo Mujica, la magnanimidad de la vida tras haberse autoconcebido o descubierto sujeto a todo y entregado a nada, sin lanzar la propia vida a una causa mayor que lo trascienda, una causa mayor que no tiene por qué ser divina, pero sí vital —la vida misma que otros vivirán cuando ya no estemos— en tanto que uno aún crea en que es mejor dejar, antes de morir, un bosque vivo que quemado o educar a un niño que violarlo, unas acciones cuyas consecuencias uno sabe que no verá y por las que sin embargo apuesta como acto de fe (palabra que tiene que ver con la ceguera), como se apuesta ciegamente en el amor, sin porqué ni razón, por puro porque sí, en ese paso atrás —dice Mujica— que damos para hacer espacio al otro, un otro al que siempre se desea lo mejor aunque eso mejor del otro no nos incluya ni estemos aún vivos para presenciarlo. Esta trascendencia, arriesgó Baudrillard, ha estallado en mil fragmentos que son

como esquivas de un espejo donde todavía vemos reflejarse furtivamente nuestra imagen, poco antes de desaparecer.

Toda persona acontece, así, lo quiera o no, lo sepa o no, como la continua realización de lo imposible, como lo imposible encarnado, que se materializa en la persona, entendida como una posibilidad latente condenada de antemano a no ser posible, a no realizarse más que como posibilidad y soporte de lo imposible. A esa fascinante latencia como posibilidad, a la certeza de no saber y no poder concluir nunca nada, se escala y ciñe realmente nuestra vida. Una vez más, Spencer: «Lo que sabemos es como una gran esfera que, cuanto más se ensancha, en tantos más puntos toca lo que ignoramos». Más conozco y menos sé. Apenas, quizá, lo que dejó Bernardo Soares en *El libro del desasosiego*: «No es la vida lo quiero, ni la muerte, sino aquella otra cosa que brilla en el fondo del ansia, como un diamante posible en una caverna a la que no es posible descender». Brilla también en la expresión de Soares un verbo: *quiero*. Pese a no ser esto ni lo otro lo que quiere, ni posible aquello que podría serlo y lo parece, *aún quiere*. Ante la falta de aptitud, siempre queda, al menos, sí, el cambio de actitud. La apuesta vital. Nuestra propia vida, partícula de la vida, sólo puede tener quizá, ante todo, sentido para los otros, en tanto la sintamos y le abramos paso entre el mundo construido, ese decorado, para seguir dándola a sentir y recordárnosla los unos a los otros.

Estas páginas que prologo, en suma, podrían significarlo todo —hay tantos libros en un mismo libro como lectores

lo abran—, pero no significan nada. Solo reúnen signos que, en mi deambular por una geografía determinada en unas fechas que nada importan, fui interpretando hasta significar, negro sobre blanco, de un modo que no sería el mismo en el que, si lo hiciera, los interpretaría hoy, lo que tampoco importa.

En estas páginas, así, pues, dispersos, algunos de mis fragmentos. Querría creer otra cosa, pero sólo puedo confesar que a veces también yo sueño con el libre albedrío (esa ficción) como una realidad posible. Continuamente, sin embargo, la vida me demuestra que apenas somos mamíferos con menor o mayor suerte en un estadio de incertidumbre irreductible y que, en nuestra deriva mayormente no elegida (apenas decidimos, quizá, el lugar de la caída), vamos significando signos, sin mayor importancia, casi creativamente, jugando incluso, para atenuar el terror del vértigo mientras seguimos salvándonos, sólo un momento más, muy posiblemente por azar, sin que nadie entienda muy bien por qué. No obstante, como diría también Quignard, ahora que sabemos hablar, quizá no tenga sentido ni podamos deshacernos ya de la lengua que hemos adquirido y que, en los libros, por escrito, recupera acaso algo del silencio y del sentido de cuando aún no hablábamos. La de los libros, sí, es la lengua puesta en silencio. Con ella, querría también yo susurrar, pese a todo, como Marcel Arland, «sirvo a una causa que me desborda completamente; no puedo nombrarla. Pero vivo para ella y quisiera que mi última palabra fuera de alabanza».

[I]

Vagó entonces por las calles, incendiado una vez más, con una especie de reyerta de navajazos en la cabeza y un ardor como de astillas raspando en la garganta, cansado (se dijo acaso) de pagar otra vez ese absurdo impuesto de, a cambio de tenerla, discutir tanto con ella y calmar luego la piel, gradualmente, durante horas, en el aire frío y los bares con luz, haciendo orgullosamente tiempo, como quien rechaza todo cuanto la vida le ofrece nuevo, obcecado en esperar sólo su hiriente objeto de deseo. Hasta que entonces sí, al cabo de unas horas, se les pasaron a ambos las ganas de matarse; a él deambulando por ahí hasta olvidarlo todo y recordarse intactos, desconocidos, como al inicio, y a ella mirando en casa la pared o llorando ante el espejo o rompiendo lo que sea. Él reincidió entonces en buscarla al amanecer, resignadamente, para reiniciar juntos el humillante esfuerzo de ceder, de estratégicamente reconciliarse y acabar amándose a tajos, en otro rapto, hasta enzarzarse luego en la misma eterna discusión que les impedía la vida «y nos la impedirá hasta que la muerte nos separe —pensó él, incluso con sarcasmo, rumbo a casa— o nos una para siempre un... Sí, por qué no...», volvió a decirse subiendo (:familiarmente ya?) hacia el oscuro hogar en el que ella, aún despierta, también comenzaba a imaginarme, diciéndose: «Sí... eso quizá nos haga falta. Si es niño, se llamará...».

[II]

Nací. Respiré. Aprendí mi nombre. Lo acepté incluso hasta convertirlo en sentimiento. Durante décadas, puntualmente, sumé un año más a mis días, y ahora, otra vez solo, miro de nuevo la oscuridad. ¿Cuánto dura un minuto? Y pasado este minuto, ¿qué?

[III]

Señor, biología o azar, misterio (si lo hay) que me engendraste, ayúdame a no pensar, líbrame de mí. Dame paz, gratitud. Eso es: gratitud. Ayúdame a agradecerte cada cosa para que todo me sea más agradable y eso haga de mí, tal vez, un ser más grato. Ayúdame, por favor, de verdad (seas lo que seas, si es que eres algo) a sentir la necesidad, incluso la emoción de decirte auténticamente gracias por esta vida que no siento, que no logro sentir como un regalo, aun sabiendo que lo es. Ayúdame a decirte gracias por haberme dejado comer también hoy cuatro veces al día, a la hora que quise, lo que quise y cuanto quise, pidiendo incluso desde una mesa que alguien me sirviera. Es humillante tener que agradecerte esto, poner en valor el mínimo del mínimo del mínimo, como tener piernas y poder ver, pero es delicadamente así: nunca he comido para no morir. Alguna vez con hambre. Jamás por hambre. Siempre por costumbre. ¿Realmente es pecado todo lo que no nos es necesario? Gracias por mi iPhone, mi fibra óptica, mi nevera, las llaves de mi coche, mi ropa, mi piso en alquiler. Gracias por conservar en mi muñeca, intacto, el Tag Heuer que los reyes me trajeron en las últimas navidades: nadie me ha robado el tiempo. Gracias por el periódico, la revista y el telediario en los que he vuelto a no ser protagonista de guerras ni tragedias. No al menos protagonista activo. Gracias por la ONU, la OMS, la OTAN, la Unesco. Unicef. Amo, creo realmente amar la vida, pero odio profundamente el mundo. Gracias

por la ausencia de tanques en mi calle y de bombarderos en mi cielo. Gracias por dejarme hablar de todo lo que no sé, no he visto ni vivido; por saber de todo un poco y mucho de nada. Por dejarme jugar, también a mí, como anoche, a organizar el mundo entre risas desde una mesa cubierta de cervezas y Perrier y, dada mi falta de poder (o mi falta de compromiso), mejorar así, al menos, mi autoestima. Gracias por dejarme dormir una noche más sobre una cama, bajo un techo sin goteras, incluso (no esta noche, pero sí otras) con la persona que me soporta o ama, o a la que soporto o amo, con la que ahuyentamos juntos el espanto, abrazándonos en la oscuridad tras cerrar preventivamente la puerta que nos aísla de los que no han tenido esta misma suerte (o no te han rezado lo suficiente, o no han jugado lo necesario a la tragaperras, el bingo, la primitiva) y que esta noche salen a buscarse la vida del único modo que tú, la sociedad, los políticos y yo mismo, cubierto ahora por un edredón comprado en las rebajas, le dejamos a esa gente. Ayúdame a querer decirte gracias por dejarme encontrar, un día más, en mí y fuera de mí, motivos para no matarme. Gracias por mis dosis diarias (con o sin píldoras) de indiferencia y calma pese a las diferencias y la violencia que ahí fuera —lejos, siempre lejos, en sitios donde (también me lo digo) nada puedo hacer yo desde aquí— amputan miembros y estropean a llantos a los niños que no fui. Gracias por mi curso de actuación al que asisto puntualmente cada semana para dejar de actuar, para recordar que la mayor parte del tiempo olvido, creyendo en lo que voy viendo al margen de todo cuanto existe. Gracias también por mis clases de

danza contemporánea, a las que también asisto puntualmente cada semana para, pese a todo, celebrar la gravedad, el ser terrestres, superficiales. ¿Por qué necesitaré hacer tantas cosas inútiles, al margen de toda funcionalidad? ¿Es acaso el único modo de, siendo criatura, volver a la creación? Gracias por dejarme sentar una semana más en teatros y auditorios en los que a oscuras también yo simulo creer a los que simulan creer ser otros tanteando juntos, cultos, cultísimos —ellos en el escenario y yo en el patio de butacas—, una verdad que desdiga esta realidad en la que todo parece cierto y (decimos nosotros, los elevados) está llena de mentira. Gracias por mi tumbona en Es Jondal, por mi hotel cinco estrellas, mi vuelo transoceánico, mi visa oro, mi canon, mi back up. Gracias, un día más, por no haber recibido tampoco hoy el llamado que, una mañana que ya existe en el futuro, romperá las urgencias de mi agenda (gracias por mi agenda) si como la estadística indica los sobrevivo corriendo hacia sus cuerpos muertos por los pasillos de un aeropuerto: «Tu padre ha muerto», «han ingresado a tu hermano», «tu madre se ha matado». Gracias por el alcohol, por el helado, el tedio, la falta de novedad, la ausencia de miedo, de dolor. Gracias por mi humilde dosis diaria de soberbia que tanto me permite seguir autoengañadamente adelante. Gracias por la erección, por mis pulmones, por el agua en la piscina a 28 grados, por mi colesterol, mi bronceada piel blanca. Gracias por dejarme decir también hoy 'gracias' en esta zona media entre la limosna y la limousine. Por la insensatez de ver aún sentido entre tanto absurdo. Porque otra vez mis sueños y temores no se

han cumplido. Es una bendición, sí: vivimos por lo que no nos pasa. Si sólo la mitad de lo que soñamos y tememos se cumpliera, nos habríamos extinguido hace milenios: todos muertos de un paro cardíaco antes de cumplir diez años. No hay corazón que soporte tanto cumplimiento. Gracias así por lo incumplido y, muy de vez en cuando, por los hechos que coinciden con lo imaginado y, salvándome de la locura, otorgan verosimilitud a mis pensamientos, sean temores o deseos. Gracias porque yo no iba en ese avión, porque el incendio no fue en mi finca, porque el tiro en la nuca fue para otro, porque el niño abusado en la sacristía fue aquel, aquel, aquel, aquel, y aquel otro, pero no yo. Gracias por el vapor empañando una mañana más el espejo de mi baño. Gracias por el espejo y por esta cara, no de las peores de aceptar. Gracias por el café y el olor del café. Gracias por mis telómeros, mis plaquetas, mi cicatrización, mi hipófisis, mi diástole, mi pleura, mis libros, mi corazón. Gracias, señor, biología o azar, tiempo, misterio (si lo hay) que me engendraste, por todo lo que no sé, ignoro, elijo no conocer. Gracias por la música cuando la realidad apaga en nuestras vidas la suya. Gracias por haberme dejado sobrevivir a la adolescencia. Por no ser ya un niño en la fila de la escuela. Por haberlo sido alguna vez. Gracias por mi padre, que no fue alcohólico, y por mi madre, que, ay de ella, para bien mío, jamás se marchó de casa, abrazada en la oscuridad al hombre al que soporta o ama, o que la soporta o ama, para espantar también ella el espanto. Gracias por las desgracias que no matan y por las gracias que nunca recibí y que me enseñaron a no esperar ya nada de nadie

nunca, abriendo también yo los ojos, como ahora, en plena oscuridad y, sin ver ni entender nada, una vez más, pese a todo, volver a decir: «Sí. Es una suerte. Sí. Gracias. Sí».

[IV]

Cambias de casa, de amigos, de pareja, incluso de país; tienes hijos, te vuelves a mudar, redecoras tu salón, te compras un perro, cambias de trabajo, progresas, dicen, y pese a todo no logras acallar ese rumor constante que insiste como un oscuro río por debajo de los hechos, detrás de los rostros y los gestos, sin variar nunca su sentido, hagas lo que hagas en la frágil balsa que te has construido para flotar a diario en la superficie mientras vas viendo cómo te desintegras lentamente, sin sangre, sin cortes, con callado y soportable dolor doméstico —sonríes en la panadería y en la consulta médica, nadie nota nunca nada—, desprendiéndote tú de ti, pliego a pliego, a lo largo de los años, cada vez más lejos de la tensión, aceptando y, a veces todavía, con menos énfasis, rechazando esta deriva, el sol, la aproximación a un fin; decidiendo que amas o negándote a amar siempre en función de lo que otros dicen sentir antes por ti, amando por reacción, nunca porque sí ni por lealtad al misterio que un día te arrojó a un nombre, a un cuerpo, a una duración, a una geografía y que, de pronto, con igual arbitrariedad, te hace vislumbrar la armonía, la ilusión de un orden (o un sentido) tras unos gestos, un timbre de voz, un modo de sonreír, de bajar la cabeza, de andar, sin más, cosas muy discutiblemente bellas que no obstante tú no logras dejar de admirar deseando al fin lo cercano, por último y mortal que sea, ya no la lejanía ni la humareda en el horizonte, sino el don del presente cuyo regalo, entien-

des, es el envoltorio del envoltorio del envoltorio que te es dado quitar sin fin, con infinita ilusión, pliego a pliego, sin llegar nunca al regalo de tu propia muerte, que, desde su inminencia, enciende tu vida, entregándote tú a ti mismo para seguir recibiendo el mundo, la diversidad, el milagro fugaz de lo inasible, de lo que nunca podrás poseer, mucho menos comprender, sino apenas vivirlo, agradeciendo (maldiciendo incluso) ver, tocar, cambiar, ir en este estar yendo, más y más, sin destino ni rumbo, hacia la confusión y la disolución final que te reintegrarán a lo que, antes de ser tú, ya eras: ese rumor que, siéndolo, no entendías, esa corriente que se destaca un momento, como una ola (tu cabeza fuera unos años, no más), antes de sumergirse otra vez, borrando, como el agua en el agua, lo que creíste escrito y en lo que no debías tener fe: tu nombre, tu procedencia, tu frágil balsa, tu (creías) poder.

[V]

Voté, vi fotos, lloré, usé guantes, jugué al póker, toqué la nieve, me hice radiografías, perdí el tiempo, gozosamente a veces, atormentándome otras; lavé platos; hablé por teléfono, envié faxes; escribí, sana y patológicamente; leí, para tapar la realidad o entenderla; disculpé y fui perdonado; me quité cada noche los calcetines, como cualquier hombre, antes de dormir, sentado en mi propia cama. Aprendí a leer, a contar, a restar; descifro a tiempo, sin gafas, el número de los autobuses que espero y el nombre de las calles que no conozco. Mis oídos también responden, aunque no siempre escuche. Miré largamente la lluvia detrás de una ventana. Conocí la injusticia y la justicia de los otros, en carne propia y ajena. Supe lo que es perder amigos, enterrarlos, muertos o vivos, y sufrir como propia la enfermedad de mis familiares. Tuve, a pesar de todo, una infancia pacífica: no fui huérfano, nadie abusó de mí (o ya lo he olvidado). Vi cine, leí, hice deportes, y aún hoy, muchas mañanas, como quien pasea por la calle principal de su pensamiento, nado placenteramente sin parar hasta cansarme. Fui generoso y egoísta; comí cada día eligiendo siempre qué comer y a qué hora (almorcé incluso una vez con un joven de Malí que jamás se había sentado en un restaurante a que alguien le sirviera; mucho menos un hombre blanco: no sabía qué hacer con la carta entre sus manos). Viví en otros países y ciudades; olvidé, queriéndolo y no, olvidé sin aprender nunca a hacerlo; recordé también, a veces deseándolo, y otras sin

buscarlo, con intensidad y dolor; sentí la frescura del agua en la garganta; probé el sabor insulso del reconocimiento; creí en ciertos hombres, incluso en mí; admiré gradualmente más a las mujeres; recordé con tristeza los años del pasado, el rostro de mi madre; compré y vendí; creí tener y no tener talento, escuchando siempre, para poder medirlo, el veredicto de los otros; me arrodillé a solas en iglesias y, más íntimamente, en ciertas habitaciones que, siempre a cambio de dinero, me dijeron, fueron mías (desde una de ellas, escuché un amanecer a un hombre gritando a quien sólo estaba en su cabeza mientras destrozaba la habitación); tuve trabajo, lo perdí y volví a tenerlo, fui pobre, literalmente pobre y, al menos por momentos, como en un país extranjero y exótico, viví en condiciones de lujo extremo; creí y descreí; rogué y maldije; agradecí; conocí la infamia y difamé; amé, creí amar, fui amado (eso dijeron), conocí el Caribe, me enfermé, me curé, fumé, bebí, conocí los excesos, busqué lo perdido, encontré, esperé, soñé (siempre despierto), estuve entre desesperados y, a mi modo, muchas veces, fui uno de ellos; pisé la arena, conocí el miedo a la muerte y la inmediata fe en Dios, el agnosticismo y este escepticismo final ante la visión ya clara de ser también yo un proceso biológico sin más, sin dirección y sin objeto, como ahora mismo lo está siendo la fotosíntesis de alguna planta en alguno de los muchos sitios en los que el sol calienta aún la Tierra. Asalariado, nunca he vivido tan bien estando a la vez tan lejos de la vida. Ya nada espero del mundo: esfera que contiene esferas, mis días se parecen diezmadamente a los precedentes y son ya, aún con algo

menos de enfermedad, lo que serán un día. Acepto que lo que ha de ser sea. Tal vez por eso este balance. Ya casi cincuenta años, la mitad de mis cien, si todo siguiera, claro, el curso natural de las llanuras o de las mesas de fórmica alemana made in China que los suecos venden por aquí. Felicidad: ausencia de miedo. Así define hoy la ciencia mi supuesta situación actual, esta inútil calma contemplativa, esta inactividad triunfal. Sin urgencias, ya no hay muerte. Sin muerte, ¿seguiré vivo?

[VI]

En el fondo de mí hay un patio sin techo ni baldosas en el que siempre llueve. Cada noche duermo sobre el barro sintiendo lo que ahora la mayoría: sed, hambre, desamparo, incompreensión, abusos, torturas, violaciones, estafa, discriminación, guerra, tráfico de órganos, de personas, de armas, de drogas, de diamantes, de marfil, de basura tóxica, blanqueo de dinero, ¡de dientes!, analfabetismo, experimentación farmacéutica con hambrientos indefensos en cuya ayuda dicen acudir ahora respetables hombres de negocio puntualmente presentes en conciertos de beneficencia organizados por sus propias fundaciones. Vivo en ese patio, tras la fachada de mi exitosa calma. Mis sábanas fueron blancas en otro tiempo. Ahora llevo muchos años sabiendo que ya nunca estaré contento: aquella ignorancia de mis nueve años no volverá. Sé ya demasiado de esta especie y, sin alcohol, sin algún tipo de éxtasis, no habrá indolencia. Mi vida sigue. La vida acabó, para mí, hace décadas.

[VII]

¿Dejaré de ser alguna vez un hijo, una procedencia, o seré también yo siempre el eco de un sonido (un sonido familiar, incluso amado) que no acaba de dejarme en paz y que, aun callándome, repito y repito hasta el hartazgo?

[VIII]

Marioneta de mi propia infancia, sólo debería mirar arriba y cortar de una vez los hilos que aún me enredan a la mano muerta que me dio estos movimientos, estas nociones en las que nunca pienso, pero por las que trágicamente todavía hoy tanto actúo. Si no viera los hilos, tendría al menos una excusa, pero viéndolos como los veo... Hugo tiene razón. El otro día, al decírmelo, me clavó sin saberlo un cuchillo en el corazón, recordándome de paso que lo tenía, y que hasta latía, como algo vivo. Hay un momento de nuestra vida —dijo— en que nos sentamos frente a nuestra propia vida y nos preguntamos si daríamos la vida por esa vida que llevamos. Y entonces la besamos. O la escupimos. ¿Qué haría yo hoy contigo, eh? ¿Daría yo hoy por ti la vida, vida mía que me vives y me matas?

[IX]

En toda familia laten contenidamente durante años problemas que un día explotan y crean al fin, rota la unión, lanzándolos por el aire, nuevos individuos. Todo nacimiento (es indistinto a qué edad uno nazca) exige una fractura, morir lo que se era, destrozar un vínculo. Ceno ahora una vez más entre los míos pensando en las familias que logran no explotar jamás y hacer que algunos de sus miembros lleguemos a morir incluso sin siquiera haber nacido.

[X]

Me he impuesto guardar, sagradamente, una gran caja vacía en mi habitación. Ocupará un importante lugar en el espacio, no para aislar allí el vacío que me aterra, sino para preservarlo, cuidarlo incluso, asumiéndolo hasta el punto de crear en mí un vacío proporcional que lo refleje ahondado y me recuerde como en el interior de una esfera a la que nada del pasado puede llegar ya ni llenarla, sólo la posibilidad de lo nuevo, de lo que aún no es para alguien tan hartado como yo de haber sido; el lugar en el que, con lo nuevo, también yo podría otra vez nacer, antes de mi muerte, en mi propia vida.

[XI]

En hondas noches despejadas como esta miro el cielo (todo cuanto hay en mi cabeza, hasta el más lejano de los astros) y pienso: ¿callará algún día este cerebro que, atrapado yo en él, insiste en convencerme de que soy yo quien lo encierra? Mejor cerrar otra vez los ojos, como quien cierra heridas, y morir, aun sabiendo que despertaré mañana en la misma cama, al cabo de otra noche, perdido en el mismo sitio, repitiéndome para no enloquecer, en voz baja, el nombre y la edad puntualmente reaprendidas. ¿Hay laberinto más infernal? Si eliminara al menos el deseo de salir o el temor de ser hallado... También yo lo he pensado a veces, pero ¿rompió alguien alguna vez tantos espejos?

[XII]

¿Adónde va lo que ansío y sueño? ¿Adónde lo que temo?
¿Adónde aquello que, sin llegar a materializarse, también me constituye, me sigue siendo en algún lugar de mí, imperceptible tal vez para los demás, pero presente en mi forma de andar, de acariciar, de no dormir, de escuchar o de evitar ciertas músicas, de mirar sin más por la ventana?
¿Qué hacer con las ausencias gráficamente presentes en los vacíos que me llenan: seres que ya no están u otros que ansío y que, pisando incluso un punto concreto de la Tierra, aún no conozco y que acaso nunca llegue a conocer?
¿Qué hacer con los vacíos que ocupan cada vez más espacio en mi vida, vacíos que nada ni nadie llenará y que, al ser ya tantos, me invaden, me ocupan, distanciándome definitivamente de aquel que soñé ser y al que, años atrás, había citado en un punto del futuro en el que ya me encuentro?
¿Qué hacer ahora con este tercer desconocido que sin fe busca a los dos que fui: el que soñaba ser y el que no llegó a ser lo soñado? Ninguno existe, pero, muertos, viven en mí, en este en el que he acabado convertido, y lloran conmigo cuando una música sabe lo que siento o un domingo se vuelve de pronto muy domingo. Y con todo y pese a todo, aquí voy otra vez, lleno de fe, a las calles. ¿Es tan fuerte el amor? ¿Da tanto? ¿Por qué no nos bastamos a nosotros mismos? Y si necesitamos a otro, ¿qué podríamos hacer para ser hallados, para acortar la espera, si la hubiera? ¿Hay realmente ahí fuera alguien buscándome? ¿Qué podría hacer

siquiera para saber que al menos hay espera? Y de ocurrir un día el encuentro, ¿nos reconoceremos cuando estemos frente a frente? ¿Tendremos la valentía? ¿Encontraremos la estúpida manera de dirigirnos la palabra e inventar un comienzo? ¿Qué haré mientras tanto con el deseo de desear? ¿Sabré seguir siendo solo? ¿Nacen de estas preguntas todas las tristezas y tragedias de la vida?

[XIII]

Hierba que crece entre el cemento, la vida agrieta una vez más el mundo, destruye el decorado, desmiente esta ficción —la realidad que el hombre (para ocultar su realidad) construye como la araña su tela en el vacío— y me recuerda en la intemperie básica de esta caída en la que nada me confirma, ni un nuevo golpe siquiera, y en la que, sé, debería abandonarme al vuelo y disfrutar de todo antes de nada, libre ya del peso de legar a la amnesia un nombre o de intentar una biografía entre dos olvidos, fundiéndome sin más en la vacuidad sin rastros del futuro, logrando al fin perder serenamente el tiempo como única forma de gozarlo, echado al sol en este u otro parque, mirando con curiosidad infantil el enloquecido afán de las hormigas ante el dulce que uno acaba de soltar. ¿Cómo ser, sin embargo, una persona y olvidar mis hambres y objetivos? ¿Por qué, ya siendo, aún quiero ser? ¿Cómo desaprender el temor, el deseo, aun sabiendo que en la inutilidad del ansia se apaga el universo y que la vida nada tiene que ver con este mundo ante el cual debo ir maravillándome sin creer en él?

[XIV]

Busco entre las góndolas no sé aún bien qué: mi vacío es el molde en el que ha de calzar aquello a por lo que me he traído hasta aquí con la confianza de que al menos compraré la satisfacción de haber comprado, no importa qué, algo inútil, colorido y plástico, una prótesis de deseo hecha en serie por una máquina programada también hoy por un quizá padre de familia que acaso sea feliz por desear aún cosas sanas (un coche, un televisor, un juguete para su hija), no estas vanas ansias de anhelar no sé bien qué (llevo años sin saberlo): un sentido tal vez, un por qué, incluso un Dios, una idea, una creencia, una mentira, una piel acaso o, como ahora, algo vulgar que lo sintetice todo o que llene el desencanto que voy perdiendo como quien se desangra según avanzo hacia las cajas con no sé aún qué nuevo trofeo entre mis manos para este renovado fracasar en habitarme, incapaz como soy de ser, obligado a eclipsarme otra vez tras algo que enmudezca, ensordezca o ciegue el sopor de una casa por cuyas paredes arrastro cada noche mi sombra, o mi sombra a mí, recordándome más pequeño, siempre diferido (tan lejos de lo que alguna vez deseé —y acabé sin interés teniendo— como de lo que aún anhele y no poseo) y sin más recursos a mi alcance que volver a apagar las luces de cada habitación para borrar al fin mi sombra y esperar —con la fe que, lo sé, no tengo— el resplandor que brillará por debajo de mi puerta, como un agua imposible, cuando, de regreso, yo mismo haya encendido los focos en la escale-

ra y suba hasta mí otra vez, refrescado al menos por quien al verme salir de la tienda solo, como a un hombre solo, me ha dicho hace un momento «Gracias», regalándome sin saberlo el universo, mientras yo, con mi ni siquiera aún sé bien qué nuevo sucedáneo entre las manos, he logrado recuperar en lo más hondo de mí mi voz y, ya de nuevo entre los otros, renacido, decir al fin: «A ti. Gracias a ti»

[XV]

Desde la cama, miro la caja vacía que guardo en mi habitación. ¿Podría también yo vaciarme, llenarme de lo que aún no es quitando de mí cuanto ha sido? Me aterra lo que me libera: «Soy tan ingenuo, tan posible, tan nuevo aún...», me digo en el portal, dejando con la caja, en su interior, otra bolsa con mis restos.

[XVI]

Ansioso por preservarme aislado y a la vez compenetrarme con los demás, avanzo, tenso, entre los otros: piedras a esquivar para no rasparme (el menor contacto deja marca) o fragmentos de un espejo en el que reintento encontrarme en vano hasta desembocar en esta nueva rota visión de mí, incompleto en mi soledad, agrietado entre los demás, sin habitarme ni poder ser habitado, buscando una vez más el equilibrio sobre esta delgada línea entre dos abismos que me cercan y principian sin librarme de tanta intermitencia estéril, de esta innata interrupción continua entre el mundo y yo que, a cada parpadeo, me amputa y ciñe (desprendido yo cada vez más de mí) en un proceso de desintegración del núcleo que soy (creo ser) y que a la vez no acaba de disolverse nunca en el inagotable círculo centrífugo que, según me dispersa, va concentrándose más y más en un abismo difícil de ser pensado como se piensa un perro, una mesa, un cable (algo concreto) y que sin embargo, desde lo infinitesimal, lo inunda todo cada vez que el temor —apagada ya la última lámpara que enciende la oscuridad en mi casa— me confina a cada lejanía que la noche, con sus ruidos, esparce al final del día, cuando el deseo ha vuelto a estallar en mí, desperdigándome con opaca y sutil violencia por el granítico laberinto de mi soledad, en el que buscar y ser buscado son siempre la misma sombra que, de pronto, toca con decepción la fragilidad del pladur, o el sólido hormigón de esta pared, y rompe, como unos de-

dos sobre el agua, su propia imagen (el amargo fruto de su imaginación), y se descubre otra vez solo, irreal, concreto, en tiempo muerto, sobre un colchón desde el que mira sin ver, como yo ahora, el techo de su propia vida.

[XVII]

Recostado en mi cama, parpadeo, otra vez solo, en la oscuridad. Negro sobre fondo negro. Nada. Ningún cambio. ¿Me habría sentido así dentro de la caja vacía que pretendía guardar? Un teatro sin luz en el que la sombra de los bastidores ha ganado el escenario. Ni acción ni vida. Nada brilla, nada se distingue entre los metros cúbicos de esta habitación y el abismo interior que, aislándome, me encierra, fuera del mundo, en mí, sin más cambios que los del corazón, esta bomba que, sin estallar, calladamente, insiste y me fragmenta.

[XVIII]

Por la vacía esfera llena de mí que, tras la oscuridad sin límites de mis propios párpados, me impide pensar qué pienso, voy sumiéndome gradualmente más y más —aún creo poder sentirlo— hacia las calladas profundidades de un cálido mar nocturno en el que, sin esfuerzo, nado, sin nombre ni afán, azul, analfabeto de frustración, reiterativo y mar... mar... mar...

[XIX]

La parte más inteligente de mí (la que menos piensa) me empuja una mañana más en la dirección que rehúyo y temo, hacia el sitio en el que quizá ya estoy, mirándome desde allí con paciente ternura, con piedad incluso, a la espera de que este que aún no logro dejar de ser encuentre al fin la excusa que mi cobardía le exige para dejarme caer allí, lejos ya de este punto en el que ahora vuelvo a descubrirme sentado en esta cama, descalzo, mirándome las manos, diciendo 'basta', temiéndome una mañana más ante el deseo, esa carencia que —lejos de empujarme, liberado, al salto— me hunde en el colchón de lo idéntico a sí mismo, en el deseo de toda ausencia de deseo, en el ansia de un vacío inexistente en el que todo fuera lo que es, sin más, hasta el punto incluso de no serlo o de volverse anestesiadamente imperceptible, sin ecos ni vislumbres, sin la herida de los cambios, sin ascensos, sin caídas, sin gravedad. La pura suspensión. La religiosidad del aire no exhalado ni inspirado. La oscuridad abisal. El silencio sideral. ¿Lograré un día más ponerme en pie, alcanzar heroicamente el picaporte, el grifo, el manantial, mi cepillo de dientes?

[XX]

Aún soy (aún debo dejar de ser, me digo, escribiéndolo) este hombre tapado de palabras que, frente al ordenador, vuelve a decirse «mírate»: revistas, libros, libretas, palabras y más palabras; borradores, eterna corrección. Y en tanto tú —tu efímera vida, tu cuerpo, tu juventud (te dices)—, aquí una vez más sentado, culta, honoríficamente detenido en tu dorada jaula intelectual mientras las calles, rociadas de mujeres, rebosan de ilusión bajo el refulgente sol de un verano más que te limitas, prestigiosamente, con sacrificado orgullo, a interpretar en soberbios términos que revelarán la sombra que nadie ve, sólo magnánimamente tú (te dices) para legar así a los que necesitarán (crees) leerte en el futuro y entender también gracias a ti que la felicidad de quienes son ahora más cuerpo que cabeza, serenamente echados en la hierba, abrazados a una falda, a unos tirantes de colores vivos, es sólo una ilusión, un mito, y que la verdad es algo siempre oculto que es preciso buscar no en los parques, sino detrás del lenguaje, más allá, exprimiéndolo, como tú ahora, a solas, por el bien de todos, al margen de la realidad. Literatura, adulteración de la literalidad. Un verano más, palabras y más palabras para decir qué, para... ¿comprender? Fassbinder tiene razón: «Todos queremos ser besados. ¿Qué más hay que comprender?».

[XXI]

Un verano, hace treinta años, nos juramos amor eterno. Lo dijimos mirándonos, con el alma en las palabras. Hace veintinueve años que no sé de ella; tampoco ella de mí. «Quizá murió», se dice acaso en algún punto de la Tierra pensando en mí como yo ahora en ella. Tampoco tal vez recuerde por qué dejamos de vernos. No hubo enumeraciones, reproches, llantos, nada de lo que hiera la memoria. Nos dejamos cada uno a sí mismo; cosas de la edad. Los que éramos ya no eran, y eso fue todo. Quizá haya sólo un verano para cada vida. Lo demás es intentar inútilmente volver al tiempo en que, felices, aún no éramos ni pensábamos ser. Amor eterno... Lo juré, sí. ¿Cómo era yo? ¿Quién pregunta ahora en mi voz por mí? ¿Por qué aún me creo con vehemencia mis palabras?

[XXII]

He reemplazado la vida por mi estéril biografía. Vivo en mi cabeza, gestionando lo que no ocurre. Mi cuerpo (dicen) sigue en el mundo.

[XXIII]

Línea circular. Bajo tierra, doy vueltas desde hace horas como en un cero, el gran invento de los exactos: encerrar en el interior de un círculo la nada, el vacío, la ausencia de Dios o la de alguien que, como yo, busque, perdidamente enamorado, en lo más hondo, una correspondencia o la salida.

[XXIV]

La creí en peligro. Era tan inocente y pura que daban ganas de protegerla o de hacerle daño. ¿Cuántos lo pensarían como yo? «No admires —querría haberle dicho—, saca al hablar tu voz, no vaciles, critica, no sonrías, borra de ti (de tu andar, de tus gestos, de tu cara) todo asomo de fe en la vida, protégete de quienes al verte piensan: ‘dan ganas de cuidarla o de hacerle daño; ¿qué pasa si aplasto una flor?’». El bien no existe —sólo el mal sojuzgado— y todos, sin excepción, fantaseamos con romper un día de una pedrada el cielo reflejado sobre el agua, ver los pájaros huyendo, el silencio roto, la ondas disipando la imagen de una paz imposible en esta tierra. Sólo por ver qué pasa, sin más. ¿O incluso tú, tú misma nunca te has preguntado cómo se verán las piedras al romper el agua y hundir con ellas el cielo en lo más hondo del lago?». Nada de esto dije. ¿Habría soportado escuchar de su boca un «sí, a veces también yo me lo pregunto»?

[XXV]

Perfectamente maquillada como para una fiesta o su propia boda, relee, nerviosa, llena de fe, en el metro, su currículum antes de una nueva entrevista de trabajo. No parece ser aún madre; podría haber sido, cuando nació, la mía. Cuánto daría yo por ser ya ahora, sin más demoras, el lobo herido que se desangra, solo, sobre la nieve, en los inaccesibles bosques canadienses.

[XXVI]

Campo de las Naciones. Treinta y seis grados. Próximo tren: dos minutos. Junto a mí, un periódico. «Otros subsaharianos —leo— naufragan en el Estrecho: 83 muertos». Lejos, iraquíes, tailandesas, moldavas, tibetanos, palestinos, ruandesas, sirios, rusos conocen también la estrechez, otros abismos. He visto el siglo X en Lavapiés, en las afueras de Almería, en Nador, Temperley, Caracas, Asunción, en tantos otros sitios. Pocos saben allí que aquí la humanidad (dicen) ha alcanzado el siglo XXI, entre ellos yo, leyendo ahora (sabiendo que sé) lo que ellos ignoran. Llega el metro, se abren las puertas, nadie baja. «Ama a tu prójimo como a ti mismo», me digo y empujo para entrar también yo dejando atrás (casi un pañuelo sobre el andén) el periódico que el tren agitará cuando reinicie el viaje (¿cuánto dura la realidad?) y me lleve hacia la acondicionada arquitectura en la que yo —que tanto busco extenderme en otros; yo que tanto deseo trascenderme en los muchos *soy* que a cada paso los otros, incompletándome, me invitan a ser, reencontrado en ellos, alterado; yo, que tan humano creí haber sido y tan elevado me siento en mi tercer piso— volveré, aliviado, a redescubrir en mí (aún con algo de vergüenza, espero) al hombre que sólo ansía en lo más hondo unas piernas de mujer enlazadas a las suyas, cada noche, sintiéndose respirar junto a ella en la misma cama.

[XXVII]

Llenos de miedo (¿qué nos empuja si no hasta aquí?), los alimentados seres con llaves en los bolsillos nos arrodillamos a semioscuras en esta iglesia antes de regresar, con fe quizá, a las calles tras susurrar palabras inauditas a un vacío similar al de nuestras casas, postrados sobre estos restos de árboles pacientemente pulidos, cepillados y barnizados por otros seres que, a cambio de dinero, sin fe tal vez, se ajaron las manos en el soporte de quienes ahora descargamos, por gravedad, nuestros dieciocho grandes huesos —entrelazadas las propias manos (a falta de otras)— mientras elevamos nuestro temor (raramente nuestra gratitud) a la nada que, sin que llegemos a entenderla, nos comprende, nos abarca y nos desborda, oyéndonos (nosotros siempre a nosotros mismos) respirar ante un silencio tan atronador como el de fuera, que, al menos aquí —nos decimos, ya santiguándonos, de salida—, alberga la última posibilidad de un ‘sí’, una nueva postergación de lo que nunca llega, la renovación de un autoengaño, la justificación de lo que sea, por Dios, para volver civilizadamente, sin llorar, sin culpa ni responsabilidad, a nuestras casas.

[XXVIII]

Es en aquello que no logro nombrar pero a lo que sí aludir donde dios, retirándose, aparece. No está: se da a sentir. Dios o el azar, o el misterio, o la biología. En la duda, nace y muere, como el fuego, encendiéndose en su propio apagarse. Siempre umbral de lo que no acaba de llegar y póstumo de lo que no ha llegado a ser, ahí, en esa frontera, otra vez yo, esta noche, la de siempre, mirándome las manos, sin ver en ellas mi futuro.

[XXIX]

Le dije: «Llevo escrito en la espalda, grabado en mi piel desde que nací, algo que todos leen y que yo nunca alcanzo a ver, ni siquiera en los espejos. ¿Sabrías ser todo lo compasivamente cruel que pudieras soportar y leer para mí, en voz alta, lo que acerca de mí, detrás de mí, llevo escrito? Si no quisieras dejar rastro de tu crimen, susúrramelo al oído como, en Shakespeare, siempre vierten unos a otros su veneno, hecho de áspid o palabras. Ama a tu prójimo como a ti misma y dímelo. Por favor, dímelo». Ella entonces me golpeó. Insistí: «Llevo escrito en la espalda, grabado en mi piel desde que nací, algo que todos leen y que yo nunca alcanzo a ver, ni siquiera en los espejos. ¿Sabrías ser todo lo compasivamente cruel que pudieras soportar y leer para mí, en voz alta, lo que acerca de mí, detrás de mí, llevo escrito? Si no quisieras dejar rastro de tu crimen, susúrramelo al oído como, en Shakespeare, siempre vierten unos a otros su veneno, hecho de áspid o palabras. Ama a tu prójimo como a ti misma y dímelo. Por favor, dímelo». Ella entonces volvió a golpearme. Una vez más, dije: «Llevo escrito en la espalda, grabado en mi piel desde que nací, algo que todos leen y que yo nunca alcanzo a ver, ni siquiera en los espejos. ¿Sabrías ser todo lo compasivamente cruel que pudieras soportar y leer para mí, en voz alta, lo que acerca de mí, detrás de mí, llevo escrito? Si no quisieras dejar rastro de tu crimen, susúrramelo al oído como, en Shakespeare, siempre vierten unos a otros su veneno, hecho de áspid o

palabras. Ama a tu prójimo como a ti misma y dímelo. Por favor, dímelo». Ella entonces dijo: «Fin del texto».

[XXX]

Enfermé (me hice paciente). Traumáticamente, volví al segundo y al milímetro. El presente, por primera vez, se ahondó en regalo. Paciente, descubrí la espera, la transición entre lo que no era antes de ser y lo que no volvería a ser cuando ya no fuera. La maravilla de lo primero y último. Ocurrió hace días y, pese a haber vivido antes décadas (no sé dónde, bajo qué formas ni entre quiénes), después de tantos años... ¿nací?

[XXXI]

Yo entonces tenía el gran defecto de aparentar no tener defectos. Temía por mí, deseando a la vez cambiarme (eso decía), y de tanto pensar qué hacer no hacía lo que pensaba. «Lo que te ha pasado te ha hecho ser como eres; lo que hagas que te pase te hará ser como quieras ser». Mil noches, como quien reza, me lo escuché decir en mi propia cama. Tampoco sabía aún leer la realidad: apenas había sufrido. Creía no obstante sufrir muchísimo, y así iba, deseando más que brindando; rogando, no ofreciendo; acumulando sin renunciados, como quien fuera eterno; ignorando la cercanía, la posibilidad de otro en mí en lugar de ansiarme siempre en los otros, multiplicado. Como la marea el agua a las orillas, los años han traído fríamente la realidad y no es posible ya pasar por alto los pies mojados, la eternidad recordándome la piel efímera, el páncreas, los tobillos, la soledad. Tarde, piso sin embargo al fin, con cuidado, con amor incluso, los lugares vacíos. Paso entre las cosas como quien teme cortar los más íntimos tendones de algo querido y sano que sólo ocurre en el vacío (en el espacio, en el intersticio) que media entre dos formas vivas (dos personas, dos árboles, dos ideas) y que uno siempre llena, quiera o no, con o sin indolencia. Poesía es lo que une invisiblemente todo cuanto creemos ver por separado.

[XXXII]

Recostado en la hierba, imagino este alrededor sin mí. Sol. Tenso el cielo, sin fin. El viento roza mi pelo, se oyen pájaros. Alguien, lejos, levanta una persiana. O la baja. Los árboles, aparentemente vivos, como yo, quietos en sí. Hormigas, enloquecido andar. Brillos. Algún día moriré y lo que ahora es será igual sin mí. ¿Por qué debería dolernos la vida? Desde la nada hasta la nitidez, los pasos crecen sobre la piedra. Tacones. Una mujer te trae, sin saberlo, y a su paso te deja aquí. Una erección, apenas, desencadenaría el movimiento, reiniciaría la lucha. Sólo el deseo —esa posesión de una carencia— basta para mover el mundo. Esplendor de lo que somos lejos, antes de poder sentir serlo. ¿Cómo saber qué de cuanto me rodea no eres también tú? Eres más que tu cuerpo y menos que tu cuerpo. Amo lo que lo excede y lo que le falta, en especial lo que media entre esa desmesura y la carencia y, más aun, lo que ya está en mí. Algún día morirás y lo que ahora es no será igual sin ti. Todo te es. Todo te está siendo. Mientras seas tanto, seré mis rodillas, mi voluntad, levantaré a cada sol mi cuerpo, avanzaré hacia lo que ignoro como quien a oscuras se adentra en ti diciendo ‘sí’ en cada exhalación, insensato sí por el que también yo avanzo hacia lo desconocido, hacia el peligro incluso, con la confianza del que nace y no duda en respirar.

[XXXIII]

Oscurece. No estás. Como otras gentes en tantos otros sitios, durante tantos siglos, voy a colgar mi ropa recién lavada. Abro la ventana. Alzo los ojos y allí, una vez más, frente a mí, contundente y sutil, mi tristeza sin por qué, dispersa en las pocas ventanas encendidas que, lejos, acentúan la noche sugiriendo en cada luz otras vidas tan importantes para sí como ahora para mí, por ti, la mía. Duele ver que lo que creemos tanto es para los demás tan poco. La desmesura del cielo me recuerda el olvido que vamos siendo mientras la Tierra gira sobre su eje imaginario e inalterados barcos cruzan el ecuador en busca de una costa (que es todas y ninguna) y un avión, cargado entre las nubes de futuros muertos, sobrevuela los techos bajo los cuales vamos cansándonos con renovada ilusión en nuestros quehaceres tenues. Y en tanto y pese a todo, el aire aún entra en mi cuerpo, busca mi sangre, te lleva y apenas eso basta para hacer latir mi corazón, demorándome en la sensación terrible, minuciosa y bella de estar domésticamente a oscuras colgando mi ropa, a espaldas del mundo, reunido en mí por mis pocas células en este nimio rincón biológico que sólo tú, yo y unos pocos más sabemos que de momento aún soy. Mis manos sienten mis manos, la humedad, el frío, el peso de estas prendas, lo áspero informando la sogá, los broches (cuyo color no alcanzo a ver ya a esta hora) cediendo dócilmente a la presión de mis dedos. Como otras gentes, en tantos otros sitios, durante tantos siglos, alzo también yo esta noche los ojos al

final del día para convertirme en la luz lejana de cualquier casa sin mí y, disuelto en los demás, olvidar mi nombre perdiéndote sin dolor cuanto más acepto la muerte que tan insignificantes nos vuelve, amor, mientras nos significa subrayándonos un momento más (como la noche ahora estas ventanas) antes de gradualmente borrarlos. Extraña serenidad esta que encuentra en mi pesar, imprevistamente por ti, mi más hondo, contradictorio amor a la vida, estas últimas fuerzas con las que cierro la ventana y, de camino a mi habitación (más un ritual que una rutina), apago, una a una, sin llorar, las luces de la casa.

[XXXIV]

Eres mi sexto sentido, en él reunidos los otros cinco. Sin ti, todo es ficción, mito, pornografía y biblia. Pura economía. El amor, lejos de crear lo que no existe, revela aquello que solos, sin la ayuda de otro, no podemos percibir.

[XXXV]

Señor, biología o azar, misterio (si lo hay) que me engendraste, líbrame del deseo: entrégame lo que ya tengo, arráncame el ansia de lo que aún no. Concédeme no ya que mis sueños se hagan realidad sino que mi realidad no se convierta también en sueños: pido al menos dormir en paz. Concédeme que, entre mis deseos y yo, nada medie ya ni separe mi voluntad de la consumación. Que no haya piel, ni adentro ni afuera, ni yo y el mundo; que todo sea yo, ya, en todas partes, siempre; que todo equidiste entre yo y yo; que los otros, todos, me amen, me deseen, me idolatren; que las ayudas para los damnificados lleguen pronto y que hoy gane el Barça a domicilio. Concédeme no envejecer, un lugar para aparcar, ser rico, encontrar las llaves, un buen precio en las rebajas para las gafas que he visto anunciadas en el *Esquire*; viajar en primera, un palco en el Bernabéu, en Las Ventas, incluso en el Palau; un blanqueamiento duradero de mis dientes, el mejor médico, la arena (un verano más) bajo mis pies. Concédeme tener sólo algunas pocas certezas menos y dudar confortablemente lo justo y necesario, la incertidumbre básica, en soportables dosis, que aún haga de mí un concienciado hombre de fiar. Concédeme preguntarme aún cada tanto, atormentándome incluso, qué hago yo por los demás. Concédeme el suficiente nivel de autoengaño para ignorar felizmente la más realista y descarnada visión de mí, que, de tenerla un día, me empujaría, quién sabe, a la autodestrucción o a la consumación

de mis deseos más temibles. Concédeme no ver más que intermitentemente cuanto existe más allá de lo que veo, no toparme con la pobreza que tanto me recuerda (y augura quizá) la mía. Concédeme, en suma, no reencarnar ya más; la nada, el vacío, no ser ya nunca, en ningún sitio, nadie; líbrame de la biología, principio activo del dolor, esencia de toda herida. Y si vuelvo, concédeme las formas de un rinoceronte, ni depredador ni depredado, escéptico en su sabiduría paleontológica, biblia de sabanas y de selvas, ni triste ni feliz, sereno en su solo estar, en su comer evolucionadamente sólo hierba, reproducirse, dormir al sol y ser temido a la distancia, resguardado de todo, salvo de la estupidez de los mamíferos parlantes que aún creen en el valor del oro y el marfil y en sus propios huesos como en columnas de aquiescencia espiritual que los convierte en dioses de un mundo que, sin que lo adviertan nunca a tiempo, volverá a devorarlos sin el menor rasguño cuando, sedientos, se inclinan vanamente sobre el lago del que una vez más no beberán, olvidados de sí ante la revelación divina que, viéndose, creerán tener, absortos ante la maravilla que, en forma de flor, sólo otros disfrutarán. Señor, biología o azar, misterio (si lo hay) que me engendraste, concédeme al fin —vuelva o no ya en forma de rinoceronte o plaga— que alguien, no importa quién, ponga sobre mi muerte la flor debida de un narciso, narcótico que hará que otros, llorando por sí mismos con la excusa de mi nombre, me olviden pronto para regresar felices al reflejo de sus propias vidas, ese destello fugaz del sol sobre los cristales de una ventana que alguien de pronto cierra en algún lugar del mundo o, quién sabe,

insiste en volver a abrir para que el viento entre y, una vez más, agite las cortinas.

Diego Bagnera

Nada hay menos documental que una autobiografía, que es siempre la escritura de un autoengaño. Toda autobiografía es ficción, un ejercicio de unir verosímilmente algunos pocos hechos reales dentro de un gran relato imaginario, guiado por la indulgencia. Yo soy no sé. Lo que llevo escrito en el rostro, lo a la vista en mí que yo no veo. Lo que de mí los otros y la vida han hecho y van haciendo en mí. Soy (como escribió Valéry) la voz de mi desconocido y estoy lleno de secretos a los que llamo Yo. Aquí empieza y termina cuanto tengo honestamente para decir: nadie me ha sorprendido tanto —para bien y mal— como yo mismo. Para quienes necesitan datos, fechas, referencias, puedo agregar, como quien enumera: nací (dicen) en Buenos Aires, Argentina, en 1973, y resido en España desde 2002. He estudiado periodismo, literatura, interpretación, dirección escénica y danza contemporánea. Llevo casi treinta años trabajando en medios de Argentina y España, en prensa escrita y televisión. Desde hace más de quince, en *XL Semanal*, dominical de Vocento. Mi único libro publicado, *Primeras luces de la noche*, recibió el Premio Nacional de Poesía en la categoría Autores inéditos en 1997 en Argentina. He montado tres de mis textos escénicos: *Aún no consigo besar*, *Este sueño compartido que llamamos realidad* y *Amor 2.0*. He participado, además, en varios montajes de Emilio Rivas: *Subir una montaña*, *Los años de la fertilidad* y *Por el aire, desde el fuego*. Al margen de los hechos descritos, me constituyen también (tal vez más y mejor) mil tropiezos y frustraciones no documentados. No obstante, pese a todo, pese a mí mismo, sigo. Como dejó Montale, «si algo nos queda aún, un 'sí' apenas, digámoslo, siquiera con los ojos cerrados». | Más información en www.diegebagnera.com

